

# EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO ILUSTRADO.

AÑO XV.

MADRID 1.º DE JULIO DE 1888.

NÚM. 172.



## EL PESCADOR NOCTURNO.

*La nutria* está admirablemente adaptada para sus hábitos acuáticos: su cuerpo es largo y flexible, con una cola larga y puntiaguda, que sirve de timon en la ejecución de los movimientos del animal en el agua; sus patas son cortas, pero fuertes; sus piés, de cinco dedos unidos por membranas, le sirven de remos; los ojos grandes y las orejas cortas. Es muy vergonzosa y retirada en sus costumbres, por cuya razón es animal nocturno, y durante el día se esconde en la guarida que se ha abierto junto al agua.

Es voraz y activa, y hace grandes estragos entre los peces de los ríos y lagos; nada á cualquier profundidad y con una ligereza que asombra.

Es muy domesticable, y cuéntanse de ella casos muy curiosos. Relata el obispo Heber, que en Pondichery, sobre la orilla del Matta Colly, vió un grupo de nueve ó diez nutrias muy grandes, atadas con collares de paja y largas cuerdas á estacas de bambú. Nadaban algunas á lo largo de su cuerda, yacian otras medio dentro y medio fuera del agua, se revolvian otras en el sol sobre la orilla arenosa, emitiendo un agudo silbido, como si estuvieran jugando. Consigna además que tenían la mayoría de los pescadores de la localidad uno ó más de esos animales, que les eran de mucha utilidad para empujar las bandadas de peces hácia las redes.

Cuéntase de un hombre que residia en Inglaterra, que tenia tan domestica-

da á una nutria, que ésta le seguia á todas partes, y que muchas tardes su amo la llevaba al río para que pescara su alimento, volviendo cuando estaba satisfecha. Una tarde fue llevada por el hijo del amo y no volvió, hasta que al día siguiente, yendo su amo, la llamó y apareció dando muchas muestras de cariño.

## DE LA EDAD DE LOS ÁRBOLES.

El exámen del tallo de los árboles de nuestros climas y de las regiones más calurosas del globo ha conducido á los naturalistas á establecer una regla para determinar el tiempo trascurrido desde el nacimiento de los vegetales. Esta regla, aplicable muy á menudo á los árboles de nuestras comarcas, ha dado lugar á grandes errores cuando se ha querido hacerla extensiva á todas las demás. Por eso leemos en un gran número de obras escritas por hombres de mérito, obras que andan en las manos de nuestros estudiantes de colegio y de las escuelas superiores, que se ha encontrado en África, en América y en Asia, el basbat y además otros árboles de grandes dimensiones cuyo desarrollo probaba que existían hácia ya muchos millares de años; esta asercion errónea estaba basada en una teoria del crecimiento de las plantas, que observaciones muy recientes acaban de destruir.

Vamos á hacer conocer á nuestros jóvenes lectores la teoría inexacta que ha-

bia sido admitida hasta hoy, y las nuevas ideas que acaban de sustituirle.

Tres grandes divisiones separan á los vegetales.

En la primera están aquellas plantas que no tienen ni tallos, ni raíces, y entre el mayor número de los cuales no hay ni aun apariencia de hojas; tales son los hongos, las criadillas de tierra, los fucos, etc.: la segunda, comprende las plantas que, como la caña de azúcar, las palmeras, los bambúes, el trigo, la cebada y las gramíneas, tienen un tallo formado de una masa esponjosa, al través de la cual aparecen dos largos filamentos, y donde no se podría distinguir aquella madera interna, y aquella corteza que presentan los árboles de la tercera division que nos queda por caracterizar. Estos últimos son aquellos sobre los cuales recaen las observaciones indicadas al principio de nuestro artículo.

*(Se continuará.)*

## LA PEQUEÑA MADRE.

(CONTINUACION.)

«Es verdad. Pues bien; ahora yo quiero pedirle que cure á padre y que vuelva.»

«La señora Perlet ha dicho que ella iria á verle conmigo el domingo,» respondió Cárlos; «pero yo quisiera mejor ir contigo, Pequeña Madre.»

«Puede ser que yo no esté todavía bastante fuerte, Cárlos. No creo que podré ir muy léjos.»

«Yo te llevaré cuando sea grande; ¿sabes?»

«Sí, pero el domingo no serás todavía grande.»

«Yo soy, sin embargo, un poco grande,» replicó el muchachuelo levantándose y poniéndose derecho como un fusil. «Verás tú, verás tú, Pequeña Madre, qué dichosos seremos cuando yo sea grande del todo. No sabes lo bueno que seré.»

«Eres ya muy bueno, Cárlos mío.»

Y al contado se abrazaron.

## XXI.

Algunos dias habian pasado y un gran cambio habia tenido lugar en la pobre casa. La familia Perlet había abandonado la portería y se habia instalado en una casa vecina. El zapatero habia encontrado un poco de trabajo y su mujer asistia en una modesta casa; habian llevado á Cárlos á su nueva morada y partian con él el poco aire respirable y el pedazo de pan que poseian.

«Donde comen seis comen siete,» decia el padre.

Esta máxima corre entre los pobres; pero si se pone en práctica, á menudo no se hace sin que tenga por resultado privaciones. Para hacer la parte del séptimo es muy necesario tomar un poco de los otros seis, y todos saben que en una familia no es á los más pequeños á quienes se quita con voluntad el pan de la boca.

Habreis visto, pintado al ménos, un nido donde todos los pajarillos tienden

á la vez el pico hambriento al padre que les lleva la comida. La mesa en que se reunía tres veces al día la familia del zapatero se parecía mucho á este cuadro clásico. ¡Los pajarillos estaban muy hambrientos, y el padre ¡ay! no llevaba más que un pequeño gusanillo; pero el buen humor y la confianza en Dios sazaban el ruin pedazo de pan y nadie se quejaba. La madre misma hacía callar sus zozobras. ¿No sabían ellos que vendrían tiempos mejores? Nadie pensaba en que Carlitos estuviese demás. Se le quería mucho, por otra parte, sin embargo de que no había sido siempre cariñoso, y la señora Perlet tenía con él más indulgencia que con sus propios niños. «Pobre pequeño, no ha tenido madre,» decía ella cuando le hacía alguna travesura. En cuanto á Pequeña Madre, después que la había cuidado y la había sacrificado más de una noche de sueño, la amaba como á la niña de sus ojos.

Los nuevos ocupantes de la portería no eran en manera alguna amables. Eran de la raza de los porteros ariscos y rabiosos, verdaderos perros guardianes. Cuando Carlos pasaba para ir junto á su hermana, hallaban siempre ocasión para decirle alguna cosa desagradable; ya porque llevara barro en los zapatos, ya porque se pusiera en el camino de la portera que barria; jamás una palabra amistosa ó al menos indulgente. El pobre pequeño pasaba lo más ligero posible, cuidando de no ser apercibido. La ausencia de los Perlet había

cambiado mucho la casa, sobre todo para aquellos inquilinos á quienes el cuidado del alquiler les era más pesado. Si Carlos había encontrado á sus ojos menos gracia que algun otro, era porque sabían bien que su padre estaba en el hospital, y que la paga del plazo de Julio estaba nada menos que asegurada.

Estos porteros tenían, por otra parte, un gran defecto: no querían á los gatos más que á los niños. El Carlitos con rabo era tan maltratado como el Carlitos con dos piernas. Había recibido muchos escobazos y en una ocasión un cubo de agua sucia sobre su bella piel de color leonado. Ya podeis pensar que la señora Carlos no encontraría este procedimiento muy de su gusto.

Reinaba en toda la casa un espíritu de descontentamiento y de hostilidad contra los nuevos porteros.

Una mañana, Carlos oyó al pasar agudos maullidos. Quería subir con presteza, sin ser apercibido, pero el espectáculo que se ofreció ante su vista le detuvo clavado en su sitio. Su enemigo, el gato predilecto de la anciana señora, estaba suspendido por los pies con un bramante, y el sobrino de la portera, un muchacho de unos catorce años, que venía á ayudarle por la mañana, pegaba sin piedad con un bastoncillo al pobre animal que maullaba de un modo que partía el corazón, retorciéndose convulsivamente. ¡Oh, si su ama hubiera podido verle!

*(Se continuará.)*





### FEDERICO III DE ALEMANIA.

No hay, mis queridos niños, corazón en Europa que no esté entristecido por la muerte del emperador Federico III de Alemania, y ménos entre nosotros, que tan pocos años hace le vimos al lado del rey Alfonso XII. Los dos se encontraban sanos y robustos, y ambos han desaparecido ya de la vida terrena.

El emperador alemán, Federico III, después de un corto reinado de noventa y nueve días, ha subido al palacio del Rey de los reyes (al cielo), á causa de una enfermedad que hacia ya quince meses minaba su salud, y que el 15 de Junio último le llevó al sepulcro á las once y cuarto de la mañana.

Pero aunque corto, ¡qué reinado más fecundo ha sido el suyo!

Como sabrán nuestros lectorcitos, Fe-

derico III estaba curándose en San Remo, ciudad de Italia, cuando acaeció la muerte de su padre Guillermo I. Al saber este triste acontecimiento, el enfermo príncipe se arrodilló y estuvo largo rato orando á su Dios y Salvador. No desoyó Dios su peticion, puesto que le dió fuerzas hasta tal punto, que en medio de la admiracion de Europa y la protesta de sus médicos, dejó aquel pintoresco y agradable pueblo, y marchó al frio clima de Alemania, tan perjudicial para su salud. Era esclavo de su deber, y á pesar de que sabia que yendo á Berlin su muerte se aceleraría, su deber le llamaba á la capital del Imperio, y no titubeó en ir á cumplirlo.

Desde entónces, el emperador Federico dió pruebas de heroica resignacion al mismo tiempo que de interés por el bienestar del pueblo que regia. Incansable, no dejaba de trabajar, hasta tal punto, que se puede decir que si su padre no tuvo tiempo para descansar, él no lo tuvo siquiera para atender á sus padecimientos. Mientras que su débil y temblorosa mano pudo sostener una pluma, Federico III no dejó de atender á los asuntos y ocuparse de todos los negocios á que su cargo le llamaba. Pero llegó el dia en que la enfermedad triunfó sobre su naturaleza robusta, aunque nunca sobre su grande alma, y Federico III vió sin temor que la muerte se le acercaba: con admirable serenidad él mismo consolaba á su familia, que llorosa rodeaba su cama, presagiando la catástrofe que iba á ocurrir. Hasta en me-

dio de aquellos difíciles momentos no se olvidó de que eran los cumpleaños de su hija la princesa Sofía, y la felicitó expresándola su última voluntad, cual era la de que siempre fuese buena y piadosa como hasta lo presente habia sido.

Horas ántes de su muerte, un profundo letargo se apoderó de él, del cual no despertó sino para fijar de vez en cuando sus ojos en los que le rodeaban y expresarles su agradecimiento con una dulce sonrisa. Tomó la Santa Cena de mano de uno de los Pastores de la córte, y á las once y minutos de la mañana, rodeado de su familia, pasó de este mundo al otro sin agonía y sin la más leve molestia. ¡Digna muerte del que ha servido á su Dios durante toda su vida!

Hasta los que más sintieron su muerte han tenido que dar gracias á Dios por haber dado el descanso de sus padecimientos á aquel rey modelo de cristianos.

El emperador Federico III era un valiente soldado, como lo demostró en las importantes guerras que durante su vida sostuvo su nacion; pero á pesar de eso, era fiel amigo de la paz. Amaba las artes y la industria, y tuvo ocasion de mostrar que á los enemigos no se les vence sólo con las armas, sino tambien por la bondad. Así se explica el que su muerte haya sido sentida hasta por los que habian sido sus enemigos en el campo de batalla.

Estos hechos nos muestran, queridos

lectorcitos, que Dios no prueba sólo á los hombres en particular, sino tambien á las naciones, como sucede hoy á Alemania, la cual ha perdido en tres meses dos enérgicos é ilustres conquistadores de su actual poderío.

¡Quiera Dios que, á pesar de estos sucesos, la paz no se turbe en lo porvenir! y para ello confiamos primeramente en Dios y tambien en los buenos deseos pacíficos con que ha inaugurado su reinado el hijo de Federico III, Guillermo II, cuando ha dicho en su manifiesto que, llamado al trono de sus padres, ha tomado sobre sí el gobierno levantando sus ojos al Rey de los reyes, y haciendo voto ante Dios de ser, segun lo fueron sus padres, un príncipe justo y amante del pueblo que gobierna, un guardador de su Religion y temeroso de Dios, un amparador del derecho de todos, amigo de la paz, amante del bienestar del pueblo, bienhechor de los pobres y oprimidos y un defensor fiel de la ley.

## DE LA EDAD DE LOS ÁRBOLES.

(CONTINUACION.)

El tallo de las plantas de esta tercera clase presenta, lo hemos dicho, una corteza y una madera interna; la primera está formada de tres envolturas, y á veces hasta de cuatro. Primero una membrana delgada que recibe el nombre de epidermis, como la que envuelve nuestra piel; luego una corteza

verduzca y succulenta en tiempo de la savia, que palidece y se diseca con el tiempo; en seguida, debajo, una sustancia más dura, que es la corteza propiamente dicha; y en fin, debajo de ésta, otra capa más muelle, más flexible, que no es otra cosa que una débil corteza que se llama libreto ó *liber*, porque se separa algunas veces en hojas delgadas como las del papel. Esta misma madera puede tambien dividirse en tres partes, que en ciertos árboles son muy distintas. La más exterior es la *albura*, que presenta ordinariamente un tejido más musgoso, una tintura más pálida que la parte interior que se llama *corazon*, ó la madera propiamente dicha; por último, en medio existe un canal central, más ó ménos visible, cuya capacidad está llena de aquello que se llama médula. La madera está formada de capas concéntricas, en las cuales se distinguen círculos más ó ménos esparcidos, más ó ménos juntos; y desde la médula hasta la corteza se extienden camas que se separan como los rayos de una rueda.

No entra en nuestro plan hacer conocer de qué manera los jugos nutritivos se esparcen en las distintas partes del tallo, y cómo éste crece en diámetro y altura. Limitándonos á tratar la cuestion especial de la edad de los árboles, diremos que en nuestros climas la madera aumenta ordinariamente una capa cada año, de suerte que la edad del árbol es igual al número de círculos trazados en el tallo. Observemos que esta regla no sería aplicable, segun

ciertas observaciones, siempre que la estación calurosa del año estuviese largo tiempo sostenida. En este caso, dicen, una segunda vegetación comienza á fines del verano y volviendo la primavera durante el otoño, se forma una segunda capa de madera en el mismo año.

*(Se concluirá.)*

## LA PEQUEÑA MADRE.

(CONTINUACION.)

Cárlos, no atendiendo más que á su indignación, se precipitó sobre el muchacho y cogiéndole de repente por las piernas en el momento en que estaba más descuidado, le hizo caer todo lo largo que era. Entónces, viendo que nada podía contra un adversario mucho mayor y más fuerte que él, huyó gritando con todas sus fuerzas. El inícuo muchacho se había levantado y le perseguía en la escalera. El pobre gato había quedado suspendido; no recibía más golpes, pero su posición no era ménos penosa para un animal acostumbrado á sus comodidades.

Cárlos corria siempre, y cuando llegó en medio del segundo piso y se vió á punto de ser alcanzado por el pillete furioso gritó con toda su garganta:

«¡Señora Cárlos, que matan á vuestro gato!»

La puerta de la buena señora se encontraba abierta.

Oyó estas palabras siniestras y se dió prisa á acudir. Muchas personas salie-

ron de sus habitaciones, atraídas por los gritos, y arrancaron al pobre Carlitos de las manos del mal granuja que le pegaba sin piedad.

«¿Dónde está? ¿Dónde está?» gritaba la anciana señora completamente trastornada.

«En la portería, suspendido de un bramante,» respondió Carlitos.

No había reumatismo que pudiera impedir que la señora Cárlos bajara con una rapidez de que ella misma no se creía capaz. Llegada á la portería encontró á su gato suspendido como Cárlos le había dicho. Dichosamente era por los pies, de manera que no corría ningún peligro su vida. ¡Pero cómo maullaba y cómo temblaba...! Con una mano tan temblorosa como el pobre animal, su ama probaba vanamente á desatarlo, cuando la portera entró. Su vista redobló la indignación de la anciana señora, que habiendo acabado de deshacer el nudo, tomó el gato en sus brazos y se volvió contra la recién venida.

«Vuestra portería es una madriguera,» le dijo, «se mata á los pobres animales indefensos.»

«He aquí tanto ruido para nada,» replicó la portera. «¿Qué daño le hace eso á ese animal? Y por otra parte no soy yo quien le ha atado.»

«No, pero su sobrino no lo haría sin su permiso. Esto es odioso, señora, me quejaré al amo. Levante Vd. los hombros. Y bien, yo la llamaré ante el juez.»

*(Se continuará.)*





¡De bo-ca y co-ra-zon Lo-ad al Dios del cie-lo! } Mi-ró-nos con bon-  
 El dió-nos ben-di-cion, Vi-da, sa-lud, con - sue - lo; }

dad Al dar-nos nues-tro ser; Su pa-ter-nal fiel-dad Nos gui - a por do-quier.

Dios, rico sin igual,  
 Dános en cada día  
 Un corazón filial  
 Y lleno de alegría;  
 Consérvanos la paz;  
 Tu brazo protector  
 Nos lleve á ver tu faz  
 En la patria mejor.

Dios Padre, mi loor  
 Se eleva hasta tu trono;  
 Jesús, mi Redentor,  
 Tu salvación pregonó.  
 ¡Espíritu, en piedad  
 Acepta la oración!  
 Bendita Trinidad  
 Te alaba tu Sion.

### DE LA EDAD DE LOS ÁRBOLES.

(CONCLUSION.)

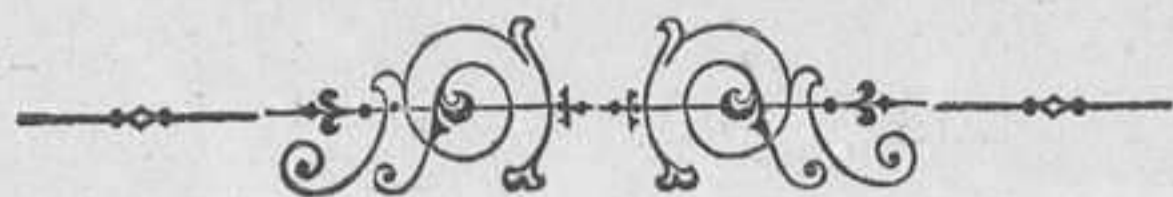
Los árboles de las regiones calurosas que presentan una estructura análoga, tienen uno de los círculos concéntricos fuertemente enlazados, y desde entonces visibles, y las otras líneas apenas distintivas; pero en todos, las capas sucesivas están extremadamente cercanas, de tal suerte, que un pedazo de madera

erale de América contiene doce veces más que un pedazo del mismo espesor cortado en un erale de España.

Los naturalistas calculan el número de años de los árboles de los países calurosos por el número de estas capas tan delgadas, y como encontraban muchos millares de ellas en ciertos ba-

babs gigantescos, hacían remontar la existencia de estos vegetales á las primeras edades del mundo, y algunos aún mas allá de la época en que la Biblia designa la creacion.

Estos naturalistas habian creido hasta aquí que en estos climas ardientes de Africa y América meridional, el tallo de los árboles no adquiriría más que una capa por año como bajo el cielo pálido y frio de Europa. De modo que seria menester, segun lo que hemos dicho más arriba, que el erable de América tuviese doce veces más tiempo que el de España para adquirir el mismo grosor. ¿De qué le hubiera servido este sol fecundo de las regiones vecinas del Ecuador, y la notable fertilidad del suelo que le alimenta? Para hacer desaparecer esta contradiccion manifiesta, y quedar en lo verdadero, es preciso reconocer, dice un autor, que en los paises calurosos se forma una nueva capa en el tronco de los árboles de corteza, no solamente al cabo de un año, sino despues de un espacio de tiempo más corto todavía que, segun la temperatura más ó ménos alta del lugar, puede ser de un mes solamente y hasta de una semana, y entónces esta antigüedad fabulosa de los baobabs seria más modestamente reducida á la edad que pueden alcanzar en Europa las encinas y otros árboles seculares.



## LA PEQUEÑA MADRE.

(CONTINUACION.)

«Como os plazca. ¡Un proceso porque un chiquillo ha azotado á un gato! esto será nuevo.»

«Pero es mi gato, señora, y nadie tiene derecho á tocarle.»

«Entonces guardadlo en vuestra habitacion, y nadie le tocará.»

Toda la casa estaba reunida en la escalera y se reian con gana de esta escena; pero en el fondo, todo el mundo estaba en favor de la señora Cárlos, porque nadie apreciaba á la nueva portera ni al granuja su sobrino.

Pronto se restableció la calma y cada uno se volvió á su casa. La señora Cárlos llevó á Minet, siempre temblando, en sus brazos, y la portera quedó sola con su sobrino, propinándole un par de bofetones, en agradecimiento de haberle proporcionado este disgusto. Cárlos se habia refugiado junto á su hermana.

Cuando la señora Cárlos hubo hecho tomar un poco de leche á su gato, cuando hubo visto que estaba completamente calmado, le hizo dormir sobre unas plumas y se acordó de su pequeña enferma.

«¡Oh! señora Cárlos,» gritó Pequeña Madre viéndola entrar, «¡ved cómo echa sangre mi pobre Cárlos!»

Y en efecto, habia recibido un puñetazo que le puso la cara en un estado lamentable.

Entónces la señora Cárlos se acordó que Carlitos era quien la habia llamado

para socorrer á su gato, y que por causa de este precioso animal le habian pegado. Su corazon se reanimó y se enterneció por él; le lavó con agua fresca, le puso unos paños sobre la nariz enferma y fué á buscar... ¿lo adivinais?... una taza de leche.

Entónces Carlitos, restaurado, contó detalladamente su aventura. No estaba poco envanecido del papel que habia jugado en este asunto, y Pequeña Madre lo admiraba de todas veras.

«¿No es cierto que ha sido valiente?» preguntó á la señora Cárlos. «Ese muchachote es mucho más fuerte que Carlitos, hubiera podido hacerle mucho daño. Y despues, ved bien ahora, señora Cárlos, cómo no es malo para con los animales.»

«No, yo quiero ahora mucho al gato,» dijo Carlitos, que tenia un sentimiento muy vivo de las virtudes nuevamente adquiridas. «Cuando yo sea mayor le daré leche. Ahora no me hace falta el paño, la nariz no me hace ya daño. ¡Ah! cuando yo sea mayor, cómo aporrearé á ese granuja.»

«Escucha, Cárlos; cuando pases por delante de la portería, cuida de que no te vea, si no te pegará todavía.»

«No, no, no osará tal,» gritó el pequeño héroe.

Este dia Carlitos habia crecido diez piés á sus propios ojos, y Pequeña Madre le encontraba digno de toda su admiracion. A partir de este momento, la señora Cárlos le trató siempre con consideracion y le permitió quedarse en la

habitacion todo el tiempo que queria.

Tales eran los incidentes que distraian á Pequeña Madre durante la primera parte de su convalecencia. El domingo que siguió á la aventura del gato, tuvo una visita que le produjo un gran placer. Celina, la niña de las blondas trenzas y el gran delantal. Habia venido á ver á su madrina, y al pasar habia pedido noticias de su pequeña protegida. Cuando supo que Pequeña Madre estaba enferma, fué á pedir á su madrina, que tenia un jardin, un lindo ramo y se lo llevó. Celina estaba siempre alegre, siempre contenta. Tenia un vestido nuevo, que se lo habia regalado una señora para quien ella trabajaba: su abuela se lo habia cortado y ella se lo habia cosido. Lo estrenaba este dia, y su madrina la habia comprado un par de botinas.

Pero no podia quedarse mucho tiempo, vivia muy léjos. Cuando se hubo marchado, la enfermita se sentia solazada por su dichosa cháchara y sus frescas carcajadas.

Y este mismo dia, para colmo de ventura, Carlitos llevó buenas nuevas del padre. Estaba mucho mejor; se esperaba que dentro de dos semanas podria volver á casa. Cárlos tenia mucho que contar á la vuelta del hospital.

«Piensa, Pequeña Madre,» dijo; «hemos comprado una hermosa naranja para padre, no en el hospital, porque son más caras, sino en una tienda. La señora Perlet ha dicho así: «Yo no soy muy rica, pero no me gusta llegar con las

manos vacías.» Luego hemos ido á la gran sala y padre nos ha hablado y enseguida nos ha preguntado: «¿Dónde está Pequeña Madre?» La señora Perlet ha dicho así: «Está un poco enferma, pero no será nada.» Entónces yo he dicho: «No, está muy enferma, pero no morirá, porque hoy dia puede beber buen vino y caldo.» Entónces la señora Perlet me ha pellizado en el brazo y ha dicho: «Déjame hablar ahora, tonto, ¿qué interés tienes por inquietar á tu padre?» Entónces el padre dijo: «Es necesario decirme la verdad, señora Perlet; cuando ví que nadie venia á verme el domingo, he supuesto que habia acaecido una desgracia.» Entónces se le ha dicho que tú habias tenido muchos disgustos y que has caido enferma. Y padre ha dicho... espera... quiero acordarme bien de lo que ha dicho...»

Cárlos, que no habia echado en su vida un discurso tan largo, volvió á tener un instante de reflexion.

«El ha dicho así: ¡Entónces no habia robado!»

«¡Lo creia!» dijo Pequeña Madre á media voz, pero con profundo acento de tristeza.

En el mismo instante en que Cárlos hacia á su hermana la relacion, la señora Perlet contaba tambien á su marido lo que habia pasado. Llegada á las palabras que tanto habian conmovido á Pequeña Madre, continuó así:

«¡Oh, señor,» le respondí yo, ¡la pobre niña! ¿seria ella capaz de esto? ella, que no tiene en este mundo quien haga pa-

reja con su corazon y con su buena conducta. Entónces él ha dicho muy quedo: «¡Mi pobre Pequeña Madre! ¡mi pobre Pequeña Madre! ¡y que yo haya sospechado de ella! Jamás me lo perdonaré. ¡Cuán desgraciado he sido durante estos quince dias! Yo no lo creia, sin embargo, por completo, pero tenia miedo. ¡Es tan duro tener hambre! y despues yo sabia cómo quiere la pequeña á este muchacho, y me decia que pudiera haberse atrevido por él. ¡Ah! yo me arrepiento ahora de haber tenido semejantes ideas.»

«Despues de esto,» continuó la señora Perlet, «le he contado la enfermedad de la niña, y me ha agradecido mucho el cuidado que nos hemos tomado por ella y por Cárlos. Es un hombre muy dulce y muy cumplido, pero tiene todavía el aire de muy enfermo. Es lástima que nosotros no seamos ya porteros de la casa, porque hubiéramos tenido paciencia con su alquiler, mientras que estos de ahora no tendrán en cuenta nada. ¿Cómo quieren estas gentes que un hombre que está en el hospital tantas semanas pueda despues pagar su alquiler? Esto, en verdad, no es razonable. En fin; nosotros mantendremos á su pequeño hasta que de nuevo pueda trabajar. Nosotros no podemos hacer más, ¿no es esto?»

«No, desgraciadamente,» dijo el portero.

«Puede ser que algun dia él lo devuelva á nuestros hijos.»

«Si no es él, será otro; las gentes buenas no son raras en este mundo,» añadió el señor Perlet. *(Se continuará.)*



ABRAHAM Y LOT.

### ABRAM Y LOT.

Poco tiempo despues de la muerte de Noé, y en la décima generacion desde Sem, nació Abram. Ya los hombres se habian dividido en un gran número de pueblos y habian caido en la idolatría. Y Dios dijo á Abram: «Véte de tu tierra, y de tu parentela, y de la casa de tu padre, á la tierra que yo te mostraré. Y haré de tí una nacion grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre y serás bendicion. Bendeciré á los que te bendijeren, y á los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en tí todas las naciones de la tierra.» Salió, pues, Abram como se lo habia mandado el Señor, y Lot su sobrino con él. Abram contaba entónces setenta y cinco años.

Pero despues de algun tiempo querelláronse los pastores de Abram y los pastores de Lot, porque ambos tenian grandes rebaños y la tierra no podia sustentarlos juntos, por lo que Abram dijo á Lot: «No haya ahora altercado entre nosotros, entre mis pastores y los tuyos, porque somos hermanos. ¿No está toda la tierra delante de tí? Yo te ruego que te apartes de mí; si fueres á la mano izquierda, yo tomaré la derecha; si tú á la derecha, yo iré á la izquierda.

Entónces Lot escogió para sí el hermoso valle de Siddim, al Sur del mar Muerto, en la llanura en que se hallaban situadas las ciudades de Sodoma y Gomorra, y que despues de la destruccion de estas, formó parte del precitado mar. En esa llanura se dió la batalla en que

fueron derrotados los reyes de Pentápolis por Chedorlaomer y sus aliados.

### FRANKLIN Y EL IMPRESOR.

Siendo jóven Franklin, fue una vez á Lóndres: y habiendo entrado en el taller de un impresor, le preguntó si necesitaba un obrero.

«¿De dónde es V.?» le dijo el impresor.

«De América,» respondió Franklin.

«¡Ah! ¿verdaderamente de América?» exclamó el impresor, con una risa un tanto desdeñosa. ¡Un jóven americano que busca trabajar como impresor, es bastante curioso! Pues bien, veamos la habilidad de vuestro pais. ¿Sabe V. componer?

Franklin no contestó nada; pero dirigiéndose á una de las cajas del establecimiento, compuso en un momento la frase siguiente, tomada del primer capítulo del evangelio según S. Juan, que dice: «Natanael le dijo: *¿De Nazaret puede salir algo bueno?* Felipe le contestó: *Ven y ve.*»

Esto lo ejecutó Franklin con tanta habilidad y destreza, que el impresor quedó asombrado, y comprendió la leccion que por medio de este texto bíblico le habia dado Franklin. Entónces lo tomó á su servicio, donde bien pronto se captó las simpatías de sus nuevos camaradas.

## LA PEQUEÑA MADRE.

(CONTINUACION.)

«Las hay también muy malas,» repitió su esposa. «Estos nuevos porteros, por ejemplo. Se dice...»

«Vamos, vamos, señora Perlet; yo no me cuido de saber nada. Se cree darnos gusto diciendo mal de ellos, ¡como si nosotros fuéramos mejores porque ellos son malos! No nos mezclemos más en lo que pasa en esa portería; eso no nos importa ya. Nosotros tenemos mucho de qué ocuparnos en nuestra propia tarea.»

La señora Perlet se calló, como hacía siempre que su marido le daba alguna lección, y comenzó á preparar la sopa de la tarde.

Poco á poco todos los niños entraron. Carlitos vino de casa de su hermana y la familia se reunió alrededor de la mesa.

«Señor Perlet,» dijo de repente Carlitos mirando á su alrededor, «esto es todavía más pequeño que la portería.»

«Viene á ser lo mismo. ¿Por qué dices eso, muchacho?»

«¿Por qué no habeis tomado una gran casa?» preguntó Carlos en lugar de responder.

«Mira, es por esto, muchacho. Cuanto mayor es una casa más cara se paga, y nosotros no somos muy ricos,» respondió el zapatero riéndose.

«Pues bien,» dijo Carlos con seriedad; «cuando yo sea mayor os daré mucho dinero.»

«Gracias, hombrecillo, ¿y de dónde lo tomarás tú?»

«Yo no sé, pero el buen Dios ha dado á Pequeña Madre lo que ella le ha pedido, y yo le pediré mucho dinero.»

«¡Ah!» dijo el señor Perlet, «este ruego te prometo que no será oído.»

## XXII.

Estamos ahora en el mes de Junio; los árboles no tienen más flores, pero el follaje se había hecho más abundante y más espeso; la yerba está más alta; las rosas salvajes florecen en los vallados; por todos lados se escucha el zumbido de los insectos: el calor hace manifestarse por todas partes millares de vidas que no durarán más que un día. Todo se ensancha y se vivifica á los dulces rayos del sol; el campo está todavía fresco como en la primavera y ya opulento como en el estío.

Pequeña Madre y Carlitos están en los alrededores de la casita sobre la linde del bosque. Silvania quería venir á buscarlos con la carreta de la señora Naneta, pero la pequeña convaleciente, puede ser que no hubiera podido soportar los vaivenes de este vehículo primitivo, y la señora Grandville ha querido que haga el viaje en un coche. Y sobre este coche se ha puesto la cama de Pequeña Madre, porque no está todavía en estado de dormir sobre un manojito de heno; era necesario tratarla con cuidado. En nada se le molesta ahora, aun cuando hace todavía poco tiempo que para nada se le atendía. Estaba completamente asombrada, y á la vez un poco turbada. Le parece poco natural que se



la cuide así. Pero se deja cuidar. ¿Cómo podría resistir? No tiene todavía mucha fuerza, y por otra parte, encuentra cierto agrado en su nueva vida.

Pequeña Madre hacia por consiguiente su viaje en coche con Carlitos y con Silvania; se le ha puesto en el fondo una pequeña almohada bajo su cabeza y las otras dos se han puesto sobre el pescante. A cada instante Carlitos le llama la atención sobre esto ó aquello, pero estando todavía débil muy pronto se fatigó y se cansó de mirar. No obstante, el pequeño no dejaba de importunarla.

«Pequeña Madre, mira. He aquí la calle por donde hemos pasado; he aquí el meson donde estaban los dos chiquillos que comían tortas. Si hoy nos viesen estarían muy asombrados. He aquí el hermoso jardín que me dejaste mirar. Pude verle porque me alzaste en vilo. Pequeña Madre, ¿te acuerdas como me dejaste caer enseguida?»

«¡Eres tan pesado, Carlitos!» dijo la pequeña, que se sentía molestada por aquella insistencia.

Pero él encuentra á cada paso un recuerdo. Pequeña Madre ha cerrado

los ojos y no le responde. Su cabeza se marea; no puede mirar más estas casas, estas paredes, estos delgados árboles que pasan tan aprisa.

«Déjala tranquila, Carlitos,» dijo Silvania; «estás viendo que está fatigada.»

Mientras el coche rueda en fin entre los floridos prados y los verdes vallados la pequeña niña se animó para contemplar. ¡Le gustaba tanto el campo! Su corazoncito se engrandecía á los rayos de este dulce sol. Le parecía haber vuelto á adquirir sus fuerzas.

En fin, el coche se paró á algunos pasos de la casa conocida. El cochero bajó de su asiento y Silvania le ayudó á trasportar la camita. Carlitos está muy arrogante de haber recibido la misión de tener las riendas de los caballos. Cuando la cama estuvo arreglada en una habitación muy pequeña, al lado de la gran cocina, Silvania volvió á buscar á la enferma á quien tomó en sus brazos.

«No pesas lo que una pluma,» dijo; «mejor quiero llevarte á ti que á Carlitos. Espero que peses más cuando nos vayamos.»

*(Se continuará.)*

## EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO MENSUAL ILUSTRADO.

PRECIOS DE SUSCRICION: Por un año: en Madrid, Ptas. 2; en Provincias, Ptas. 2.50.

Se suscribe en la Administracion, Librería Nacional y Extranjera, Madrid, calle de Jacometrezo, 59. Remítase el importe en sellos de franqueo, ó en letras de fácil cobro.

MADRID 1888. Imp. de J. Cruzado, Peñon, 7.